

Fallece Restituto Valero, el “Niño de El Alcázar”. “EL RESTI”

Fernando Renlein

Restituto Valero Ramos, “El Resti” para todos sus amigos y conocidos, falleció a los 83 años de edad el 24 de marzo de 2020. Había nacido durante el asedio del Alcázar de Toledo de 1936 y su fotografía vestido de legionario, con dos años de edad, acariciado por el Conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Musolini, fue utilizado por la propaganda franquista. Pero cuando creció, “El Niño del Alcázar” eligió otros caminos y se apuntó, siendo capitán paracaidista y de Estado Mayor, con la perspectiva de una carrera militar meteórica, a la Unión Militar Democrática (UMD), organización antifranquista que, en palabras de Xosé Fortes, otro de los expulsados del Ejército por pertenecer a esta organización, pretendía echar agua en la pólvora de los militares franquistas para evitar que estos impidieran la llegada de las libertades a España.

Pero su biografía hay que dejarla en manos de los historiadores - algunos ya han empezado- que, por cierto, pueden investigar en los folios – muchos– que Resti escribió para la posteridad en los últimos años mientras su enfermedad se lo permitió. Asuntos de geoestrategia, defensa y la UMD, por supuesto. Quien esto escribe solo pretende escribir desde el sentimiento y el recuerdo.

Cuando la UMD me fichó, a través de mi hermano el comandante Reinlein, un dirigente de la Ejecutiva Nacional me pidió mi opinión sobre el capitán Valero, destinado conmigo en la Brigada Paracaidista (BRIPAC) entonces en Alcalá de Henares. Yo dije que era un gran jefe pero que no me fiaba de los pretorianos y él lo era. No me hicieron caso. Los dioses en aquella ocasión estaban de parte de aquel gran capitán paracaidista destinado en la Plana Mayor. Cuando fui a verle, me dio un abrazo que hizo crujir mi espalda. Al explicarle lo de mi “bola negra”, ambos soltamos una carcajada enorme.

Cuando fuimos detenidos, pasamos cinco y seis días de aislamiento y descubrí en mi habitación un antiguo enchufe vacío que se comunicaba con la del al lado. Podía ser de otro preso; pero también la de un guardián u otra

persona ajena. Así que esa noche salí por la ventana con un papel escrito en las manos y trepé por un alfeizar inclinado hasta llegar a la habitación contigua. En la cara de sobresalto que vi al asomar la cabeza reconocí la de Resti. Tiré el papel con instrucciones de uso del agujerito que nos unía y volví por el mismo camino, sin que el centinela armado con subfusil, cuatro metros abajo, se diera cuenta de nada. Durante esos días, con *turulillos* de papel fino nos pasábamos la información de la que, tras nuestras declaraciones y por los soldados que nos llevaban la comida, podíamos disponer.

Compartimos algunas de las prisiones a las que nos mandaron y parecía que existía un vínculo entre “paracas” que nos llevaba a la conversación y la convivencia. A mí me llamaba “Chiquitín”, por aquello de que era el más joven. Hablábamos de política, como no, pero también de saltos en paracaídas, de maniobras con los franceses, de nuestro paso por el entonces Sahara español. De los mitos del ejército franquista, de sus conversaciones con su padre, militar también, al que adoraba. Y de tantas cosas...

La última vez que le vi fue en Oviedo. Una asociación había organizado unas jornadas de homenaje a la UMD, como hiciera luego otra de Aragón. En Asturias, Resti y yo comimos un día juntos y solos. Volvieron los recuerdos y la charla amena de la que no podías sustraerte cuando hablabas con él. Por ejemplo, cuando nos encontramos en el aeropuerto de Barajas a su vuelta de Venezuela – a dónde se había ido a trabajar años atrás- con motivo de una amnistía “descafeinada” que decretó el gobierno para los “umedos”. Él volvió, pero le “condenaron” otra vez. En este caso al ostracismo: ni un solo destino. Tuvo que irse a la reserva transitoria.

Allí, en Oviedo, dio una clase de historia –como hicimos otros– en un instituto de enseñanza media. Se trataba de hacer una especie de clase con la Historia contada por sus protagonistas. Le ilusionó mucho, como me transmitió en nuestras conversaciones durante las cuales no podíamos ocultar las cicatrices de la edad. Hoy para ti, amigo, compañero y ejemplo, alguna de esa cicatriz se ha abierto y te ha llevado.